

APUNTES SOBRE BALMES (1)

PRIMERA PARTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

I

Ha sido España país propicio de la verdadera filosofía: la mayor parte de las escuelas que en determinados puntos de doctrina se han venido disputando la preeminencia en el mundo, exhiben como lema el nombre de algún filósofo de ese suelo fecundo en grandes ingenios. Sus teólogos han sido la admiración de los concilios, y aun las cuestiones más abstrusas de la Escuela dieron muchas veces materia á sus dramáticos para escribir, entre chanzas y veras, décimas y redondillas que es de suponerse no fueran muy difícilmente entendidas por la generalidad de los espectadores; y si hoy nos disgusta algo en el brillante teatro español, son los argumentos, á veces demasiado filosóficos, que Calderón y Lope de Vega, por ejemplo, ponían en boca de sus personajes.

Y no podía ser de otra manera: un pueblo como éste, en que la religión ha sido la base y el coronamiento de toda disciplina, en que á ella se ha subordinado todo, en que el poder real ha buscado siempre en la Iglesia su mejor aliado y unidos han alcanzado sus triunfos más preciados, ese pueblo, decimos, era natural que ahondara los estudios filosóficos, fundamento de la teología católica, y que en unos y otros mostrara su pujanza el vigoroso ingenio español. Sólo que la sabiduría española no podía sustraerse á la ley de progreso y decadencia que caracteriza á las cosas humanas, y llegó una época de grande esterilidad en comparación con otras.

(1) Tesis para el doctorado en Filosofía y Letras en el Colegio del Rosario—Bogotá—Imprenta Nacional—1897.

La pobreza literaria y filosófica que se hacía sentir ya en el reinado de D. Carlos II el Hechizado, manifestóse más á las claras en el de Felipe V, con el cual empezó á reinar la dinastía de Borbón en España. Este monarca, nieto de Luis XIV, había presenciado las grandezas del pueblo francés, y no podía menos de esforzarse por hacer reflejar en la nación que iba á regir, algo de la gloria que iluminaba á la Francia. Hizo, en efecto, lo posible por identificarse con el carácter de la nación española, para gobernarla; pero con tan poco buen éxito, que á pesar de sus loables intenciones, sólo consiguió introducir en la literatura el estrecho clasicismo que cortó el vuelo á tantos talentos, y en filosofía las funestas enseñanzas que han hecho hondo estrago en la ciencia cristiana.

El teatro, la poesía lírica, la elocuencia, todos los géneros literarios en que el saliente carácter nacional había dejado antes fuertemente estampado su sello, fueron poco á poco perdiendo el genuino espíritu castellano para convertirse en débiles imitaciones de las letras que dominaban allende el Pirineo. La *poética* de Luzán marca de preferencia el rumbo que tomaban en la Península las ideas introducidas por la nueva escuela. La época que precedió á su publicación había sido de ensayo para llevar á buen término la reforma emprendida. Luzán vino á fijar los cánones á que debían ajustarse los escritores españoles, y ellos no eran otra cosa que las convencionales reglas de Boileau, más ó menos alteradas.

No tiene el cambio que acabamos de mencionar sólo un valor estético: tiénelo también político y filosófico en el último tercio de aquel siglo asaz aciago para la madre patria; y por ello hemos observado de paso el estado de las letras en ese período. Como todos los conocimientos se enlazan entre sí con cierto vínculo común, según dice Cicerón, es imposible atacar un orden de ideas sin afectar más ó menos los otros. Los ataques en el orden religioso se traducen en rebelión contra el orden civil, y en odio á la tradición clásica.

En efecto, los poetas pertenecientes tanto á la escuela *salmantina* como á la *clásico-francesa*, no cantaron como Fray Luis de León, sólo por decorar con vestidura exterior la escondida belleza que tenían en su alma, ni por entretejer los ocios de la vida, sino que á muchos de ellos la lira les sirvió de arma de combate: en las robustas y ardientes estruendos de Quintana se percibe su no disimulado furor contra las cristianas tradiciones españolas, y Meléndez, su maestro, cantaba con ingenua sencillez las paradojas del *Contrato social*. Un vago amor á la naturaleza, no íntimamente sentido, sino aprendido en los libros de Rousseau, se adivina en casi todos los poetas de aquel tiempo; la confraternidad universal con que se soñó cándidamente en el siglo XVIII, y cierta filantropía endeble, vano remedo de la caridad cristiana, suenan con alguna frecuencia en los labios de los escritores más piadosos. Francia le había impuesto á España el molde pseudoclásico en que vació Voltaire sus tragedias, y con él había penetrado también la grosera y estéril filosofía de Locke y Condillac.

El trastorno religioso, político y social que precedió á la Revolución francesa manifestábase más ó menos en las demás naciones europeas, y en España, que ya seguía de cerca los movimientos de su vecina, produjo sus naturales resultados. Pero en tanto que en Francia la corriente revolucionaria había descendido ya de las alturas y aumentado en las esferas bajas de la sociedad, amenazaba destruirlo todo, en la península se mantenía como estancada en las regiones elevadas, y apenas un hilo imperceptible se dejaba oír en las capas inferiores.

Fue en el reinado de Carlos III cuando se sintieron más los efectos de las doctrinas que privaban en el siglo XVIII. Este Príncipe, católico en el fondo, inepto y débil en extremo, según unos, dotado de clara inteligencia y energía, según otros, sea de ello lo que fuere, tal vez sin quererlo, sirvió de brazo á los discípulos de Rousseau y del patriarca de Ferney en la obra de extirpar en la Península la religión

á que debió su grandeza. Siempre estuvo rodeado de enemigos de la Iglesia más ó menos embozados, y bajo su dominación se verificó el más tremendo golpe de Estado que se registra en España: la expulsión de los Jesuítas.

Esta comunidad ha sido desde su fundación fiel guardadora de las enseñanzas de la filosofía católica. Apenas se hubieron avivado las chispas del Renacimiento, los hijos de San Ignacio se aprovecharon de su creciente calor para aplicarlo á la vivificación de las letras católicas; no se enloquecieron como los que se agrupaban en torno de la corte de Lorenzo de Mélicis hasta anhelar por la vuelta á la éra pagana, ni despreciaron lo que había de bueno en la filosofía escolástica por estar escrita en una lengua pedestre que, con todo, sirvió de expresión á las más altas ideas: diéronse á enseñar con ahínco las letras griegas y latinas, y sin demoler el edificio científico que habían levantado los padres y doctores de la Iglesia, quitaron lo que en él había de superfluo y mejoraron lo existente; y aunque sólo apareciera la obra de Suárez, ella sola bastaría para honrar á la razón humana.

Con el extrañamiento de los Jesuítas muchos de sus establecimientos de educación pasaron á ser regentados por hombres cuya única lectura había sido la *Enciclopedia*; y así, no es extraño que tomasen grande incremento las ideas revolucionarias. La torpe superficial filosofía del siglo XVIII, se iba enseñoreando paulatinamente de todos los ánimos. A Domingo de Soto, gloria de la Teología en España, no había quien le reemplazara dignamente, y Salamanca, donde había enseñado Suárez, llegó á ser el foco principal de la filosofía materialista.

Un loco deseo de reformas aguijoneaba á las Universidades y aun á las comunidades religiosas. El blanco de todos los golpes era la Escolástica, y hasta los mismos Obispos clamaban contra el Peripato. Tradújose á Desttut Tracy, y él fue el alimento de la juventud en los establecimientos de enseñanza; tampoco escaseaban Locke y Con-

dillac; y Salas, el ídolo de muchos de nuestros hombres, Salas, el crudo comentador de Bentham, esparció la semilla de ese utilitarismo funesto que allá como aquí ha sido uno de los elementos que más han luchado por echar á tierra la moral del Cristianismo.

“¡Y qué filosofía la de entonces, dice Menéndez y Pelayo; nunca ha caído más bajo la ciencia española! No ya el sensualismo de Condillac, sino un materialismo grosero, último extracto y quinta esencia de la ideología de Desttut Tracy y de las observaciones fisiológicas de Cabanis, era la filosofía oficial en nuestras escuelas” (1).

La tarea emprendida, pues, por los Ministros de Carlos III había dado ya sus frutos, y era difícil, si no imposible, evitar el inmenso mal que habían causado esos adictos á la Enciclopedia, á quienes Voltaire alababa hasta más no poder y les dirigía odas encomiando los dulces vinos que producía la patria de Luis Vives. A todo esto se agrega que el periodismo venía en auxilio de la innovación, y por la prensa se sostenían tesis jamás oídas en esta Nación la más religiosa de Europa; no hubo una sola de las gloriosas tradiciones españolas de que no se renegara, y con desusada audacia se atacó cuanto más querido y venerando había en el suelo de la Península.

Por esta breve reseña se comprenderá cuál era el estado de la filosofía en España, á comienzos de este siglo. Quien quiera buscar el génesis del pensamiento de Balmes en inmediatos ascendientes de su misma patria, no los hallará de seguro. En muchísimos años, hasta la aparición de éste, no hubo en la Península filósofo alguno digno de continuar la brillante tradición española, pues ni Feijoo, á quien muchos consideran como la única luz de su época, y de quien Menéndez y Pelayo dice que fue más que filósofo, pensador, y más que pensador, escritor de revistas y de ensayos á la inglesa; ni Forner y Piquer, muy encomiados por el escri-

(1) *Heterodoxos Españoles* t. III, cap. III.

torantes citado, podrían considerarse enlazados con el grande hombre de que hablamos. Balmes sí es español por el espíritu, por la solidez, por la amplia libertad con que trata todas las cuestiones; pero en todo lo demás lo hemos de considerar en cierto modo como aislado, y quizás sin que su enseñanza perdiera un ápice, fuera fácil suprimir á todos los que desde Carlos III le precedieron con el título de filósofos.

LUIS MARÍA MORA

(Continuará)

ARISTOTELES

SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE ATENAS

(Continúa)

27—Después de esto (1), Pericles vino á ser el Jefe popular, pero habíase distinguido antes, en su juventud, por haber acusado á Cimoa y tomádole estrecha cuenta por su manejo como General de las tropas. Bajo los auspicios de Pericles la Constitución vino á ser aún más democrática. Quitó al Areópago algunas de sus atribuciones y encauzó la política del Estado hacia el aumento y preponderancia de la marina griega. El pueblo adquirió entonces gran confianza en sí mismo y se acostumbró más y más á manejar los negocios y velar por los intereses públicos.

Pericles fue también el primero en instituir que debía pagarse el servicio prestado en las Cortes de Justicia, lo cual hizo para cortejar el favor popular, y neutralizar de este modo el efecto de las generosidades de Cimoa. Este último era tan rico, que no solamente ejecutaba los servi-

(1) Se observará que Aristóteles pone la fecha de la Jefatura de Pericles hacia el año 450 A. C., pero es muy probable que por algunos años antes había sido uno de los hombres más prominentes en la política de Atenas.